UN GRAN PERSONAJE

Novela Corta de Ficción

Federico Villalobos

2024

Ríos caminaba en su oficio de Celador en la Nueva Gran Colombia. Gozaba cuidando lo de los demás y había aprendido el horario de los ladrones en el Barrio. El único oficio después de la Batalla si no se piensa en estudiar o en sembrar la tierra o tirar la red a la Mar. El rumbo hacia la Universidad de la Vida. La que toman los Corozos cuando se batean al horizonte. La que deja la sal blanca en el cabello y la barba. De la que siempre hablan en el discurso final en la Escuela y de la que pocos se enorgullecen en los barcos, si ésta no les ha dado fortuna.

Él iba por un callejón cerca de la Mar inundado con agua de las olas nocturnas. La Mar volvía a recordar quién era la dueña de esas tierras. El callejón tenía un olor fétido en el aire del Maíz que llegaba en los barcos y que hacía desviar la mirada de algunas señoras hacia los caballeros motorizados de uniforme. Los uniformes siempre han enamorado a las mujeres.

Lucía con honor en el lado derecho de su pecho, las medallas que le habían dado en el Batallón. Y en el izquierdo, las que había comprado en una tienda en la Plaza de Mercado que tal vez habían pertenecido a algún infeliz que no tenía que comer o le faltaba una parte del cuerpo. El premio por matar y no dejarse.

Con cada paso propios de un gigante, las largas piernas de Ríos disfrutaban el empedrado de la Avenida del Burro, el que habían dejado los Colonos para mover sus carretas llenas de Tabaco, polvos para la Malaria y algunas pepitas de Oro. Las ventajas de dejar gente encadenada tirada en el suelo. Esas piedras viejas han visto demasiadas carretas pasar por encima con gente callada y gente vociferando. Y gente nueva y gente vieja y gente que se queda y gente que se va para siempre.

Acabado de licenciar de la Milicia donde era el encargado de salar el Pescado, recordaba el tiempo en que pudo

disfrutar almuerzos de Gallina Sudada y Plátano Cocido, ave muy parecida a la que le guisaba su Mamá después de vender en la Plaza de Mercado, los granos hidratados de Garbanzo, Lenteja y Alverja para las sopas. De ahí había sacado la idea de ayudar a su madre a vender un picado de las vísceras del Cabro y algo de Chipichipi.

En sus recorridos por la hermosa Bahía de Nueva Colombia, Ríos solo le contaba historias de sus aventuras bajo la Mar al que se fuera encontrando desocupado y lleno de aceite en la Playa o al que prometiera escucharlas en silencio en las arenas de la Bahía con la promesa de una Mestiza Aliñada de la tienda de los Cachacos y una Cerveza de Cebada. Aunque muchos preferían las etílicas que venían de la Remolacha y el Repollo.

Acostumbrado de joven en su pueblo "El Bananero" a ordeñar Vacas y Cabras descalzo y a veces a torcer con un palo de escoba el pescuezo a las Gallinas para el paseo de río que hacen en las

fiestas del fin de año, siempre recordaba lo fácil que era matar algunos Marranos para venderlos rellenos de arroz en la Iglesia Por eso todos los días usaba sin molestia sus botas altas famosas en las guerras de Oriente que hacían parte del atuendo negro y del armamento, una Macheta, que invocaba la seguridad letal. Las botas ya estaban amansadas y contaba con experiencia repartiendo "Planazos" a los extranjeros que se robaban los candados y los medidores del Acueducto de las casas que se alejaban de la Mar.

- -- La amenaza de la muerte en la vestimenta es más milagrosa que el Santo de la Medalla que va detrás de la Cruz- pensó - Me parezco a esas viejecitas del pueblo donde se vociferó "La Libertad" que dejaban sin tierra a los huérfanos que les habían encargado en Cura y el Alcalde --.

Éste calzado tan distintivo en el oficio de la guerra, evitaba que se le doblaran

los tobillos con los huecos cuando hacía ruido con los tacones en la calle. Y cuando no vivía intranquilo, utilizaba las Chancletas marrones que alguna vez sirvieron a su Madre como elemento de castigo.

- -- ¡Sinvergüenza! ¡Busque trabajo! - recordó a su madrastra en los tiempos donde no hay dolencias y donde algunos estudios lo habían llevado hacia otros rumbos --.
- -- ¡Que los Tacones suenen es importante! ¡Como los cascos de los caballos del Regimiento! Siempre a ritmo de una marcha con el Fusil terciado que uno mismo se inventa en la cabeza - pensó - Así se disgusten las vecindades malucas. Las de los dientes que llevan la marca de la Nicotina --.

Al final Ríos terminaba con el ruido, asustando a los ladrones de bolsos que con anterioridad ya habían corrido nerviosos y temblaban como la Gelatina. A los atracadores que tenían la

costumbre de fornicar entre primos antes de los azotes y que acababan de recibir unos disparos de la policía. Y a los facinerosos que guardaban las gallinas robadas cuando hacían voltear un camión en Pueblo Pesquero y que se escondían bajo las tablas del Muelle para afilar sus cuchillos antes de ir por los borrachos que orinaban en las Palmeras. Porque los Postes de la Luz eran exclusivos de los Perros Callejeros. En especial cuando los perros andan en grupo por las carreteras y siempre son los primeros el día de las Vacunas.

Y de vez en cuando al hacer sonar su Silbato deportivo para que notaran su asistencia nocturna y espantara a los criminales que se escondían bajo las faldas de sus madres. Lo hacía cada veinte pasos o frente a las casas que sí le pagaban las horas de vigilia y saludaba en plural: ¡Buenas Noches!, para dar a entender que había venido las noches anteriores. Alguien anciano con las manos cortadas por las Redes de

Pesca estaba siempre sentado en una Mecedora tomando Wiskey o permanecía recostado bajo el farol anclado sobre esas paredes de ladrillo fumando Tabaco. Era un Tabaco Colombiano que dejaba su olor fácilmente en las ropas de Ríos. Ríos apostaba esos Tabacos cuando duró una temporada en la cárcel.

Para Ríos, esos muros antiguos preferidos por los Pintores Callejeros, llenos de cableados viejos y telarañas, tapaban algunas veces la publicidad de un Político que le falló. Uno que prometió menos de lo que podía. El que la había hecho a Ríos morder el anzuelo el día de las elecciones. – -- ¡Ese hijo de la Gran Basura! – pensó Ríos – El degenerado que dijo las mimas palabras de ayuda que se dicen en los entierros después de haber desecho la espalda del triste. Pero la Mar siempre las hacía ver a esas paredes más viejas y deterioradas como las promesas de amistad familiar que se juran las ratas cuando corren a esconderse --.

Todos los días en su ronda veía a su izquierda, sentados sobre la orilla de la Quebrada, llena de tarros y muebles viejos entre los Chulos que devoraban algún cadáver que no se dejó vacunar o la cabeza de un Equino que sobró de la merienda, a un grupo de muchachones enflaquecidos aficionados a los alcaloides económicos.

- ¡Deje de mirar! - le dijeron - Si nosotros fuéramos los vigilantes sería otra cosa.

Los vecinos que no eran ciegos, decían que los antiguos hijos de sus vecinos, todos con cuchillo y listos para apuñalar al que se interponga, hacían parte de una pandilla de degenerados. Muchos de ellos y con los que Ríos se encontraba a diario y trataba de no enfrentarlos, se habían dedicado a ser apartamenteros, carteristas, saqueadores, chantajistas, estafadores, falsificadores, contrabandistas, piratas e incendiarios.

- Ríos, hágalos salir de su cueva - le dijeron los vecinos desde sus balcones y ventanas enrejadas - También a los que llegaron del campo y optaron por usar ropa de mujer. No respetan ni en el Hospital a sus padres.

Ellos permanecían bajo unas casetas. Ríos no hizo hada al ver lo ansiosos que estaban. Y toda esa convulsión nerviosa termina en el uso del filoso.

- Muchos empezaron desde la Izada de Bandera en el Liceo y después de aquella fiesta - dijo Ríos a los vecinos.

Y después Ríos siempre veía a los dos motociclistas trayéndoles el alimento del vicio. La hermosa mujer de vestimenta corta y cabellera rubia sentada sobre una gran cantidad de Alcaloides siempre fascinaba a Ríos. Era su objeto.

Ríos escuchaba hablar a los muchachos de las Limosnas, Propinas, la

Colaboración, el Aguinaldo, la Navidad y la Liga. Hablaban junto a una fogata hecha con leños que trajo la Mar. Como lo hacían de niños con su padres o los Turistas recién estafados en las playas cerca del Rodadero.

Se referían a las monedas que lograron en la Catedral que pagaba la gente para evitar ser robados y golpeando con un palo con puntillas, algunas llantas de los Camiones y algunos vehículos de Turistas, para medir la presión o si era el caso cobrar por el cambio de llanta.

Eran épocas de comercio oscuro en Nueva Colombia. Ríos los llamaba los pirómanos de la zona y las señoras creían que habían sido militares porque hablaban mucho de armar la Bazuca mientras defecaban en una bolsa plástica y se quejaban de haber sido traicionados en el amor. Era gente que había llegado del interior montañoso.

Esta gente siempre volteaban las caras para no mirar pasar a Ríos. Su aspecto imponente y su voz paternal les

recordaba los consejos que les dio ese profesor de Castellano, el que terminó alcolizado por el juego de Dominó.

Siempre eran niños con aspecto de viejos para Ríos. Ya sin identificación en los dedos y con los dientes quemados. Niñas con vientres hinchados que no fueron recibidas en el Convento y que al morir de una puñalada, nadie lloraba por ellas. Solo era una oveja del rebaño. Solo Ríos estaba molesto con las madres de esos niños. Para él las Conejas.

También los que alguna vez jugaron pelota en la Mar y ahora confundidos por los Alcaloides, eran atropellados junto a Ríos a manos de los choferes extranjeros de esas motocicletas que se suben al andén frente a la Iglesia. Unos, los que huyen después de un contrato para matar y otros los que nunca se fijan por andar acariciando la pierna de la mujer tatuada que llevan montada atrás. La que hace poco los hizo más felices y ha prometido darles un hijo como con sus anteriores novios.

Y a la derecha de la vía hacia la Mar, donde veía Ríos siempre de reojo, estaba en el suelo el álbum de fotografías de una pequeña niña sonriente. Habían tomado bastantes recuerdos. Imágenes de un tiempo feliz humedecidas por la lluvia de ayer. Habían sido roídas por la Polilla de los Analfabetas durante 18 años. Un insecto cruel con los libros.

Permanecieron botadas sobre el andén 7 días. Quedaron ahí esos recuerdos de lo que fue una familia. De la silueta de la anciana sentada al lado de la Estera donde estaba recostada la niña, ya no quedaba casi nada.

- -- Perdió importancia para alguien - pensó suspirando y moviendo la cabeza hacia el suelo - Solo la codicia sobrevive al tiempo. Y ninguno de nosotros es importante. Siempre llega alguien más a hacer lo mismo --.

El descuido con el álbum no fue culpa del joven chofer del Camión del Aseo de los Lunes, con la basura que logró

conseguir compitiendo en otros barrios, que aceleró con afán para ir a tomar Cerveza después del partido de Futbol y luego un Ron en la casa de las Profesoras quejumbrosas. Las que Ríos a veces veía ajuiciarse con el matrimonio del que fue un cliente alguna vez.

Ríos notó que ese álbum cayó cerca de la estatua de la Virgen Marta que permanecía iluminada bajo una gruta mirando fijamente a esa niña. La Señora de las faldas largas que protege y esconde a esos niños.

- -- Ella había recibido muchos regalos - pensó - Cosas que la gente creyó que le harían falta con los años - Salud, comida, techo, es lo que yo necesito --.
- --Reconozco a esa niña. Y he recibido de ella unas cobijas sin uso. Mis hijastros ya las rompieron - pensó Ríos colocando su mano en la boca - Y algunas veces soy su Padre cuando los detiene la Policía y otras su Padrastro cuando les digo que laven

> las medias y los calzoncillos y saque la basura. Van perdiendo importancia para mí --.

Luego Ríos vio a un perro Criollo Colombiano que venía de Plenomar, sin sarna, alentado, cuyos colores lo hacían ver elegante. Como si usara un Frac para los próximos matrimonios de Diciembre en la Catedral. Esas fechas donde nacen en seis meses esos niños de las fotografías y se le culpa a la Sopa de Costilla.

El perro venía de haber encontrado su felicidad rompiendo las bolsas de basura que llevaban retazos de tela de la Clínica de Rola. También las cajas con sobras de almuerzos grasosos. Y de haber perseguido a uno que otro ratón del restaurante que los vendía. Y al pasar junto al álbum decidió que era un buen sitio para orinar. Las fotografías ya no eran de nadie.

Ríos recordaba la sangre empobrecida de esa niña de la foto. Lo habían dicho las chismosas del Barrio.

- -- No era espesa como la sopa de Avena y roja como la Remolacha - pensó - Abusaron de la harina de Yuca --.
- Ella había necesitado por varios meses de unos cuantos sorbos del jugo cocido de la Mora de las altas Corcovas de la tierra del Norte, del Tamarindo costero, el Agraz, la Guayaba y de la Uva negra del Valle del Río de las tierras del Sur - dijo Ríos para sí.
- -- Pero ni la sopa de Cogote ni de Pescado Azul ni el Plátano Tres Filos o las Lentejas o el Caldo de Mano de Res, sirvieron para mantenerla en éste mundo - pensó con lágrimas en los ojos. Luego las lágrimas cayeron en la libreta donde llevaba la relación de los pagos de las casas que cuidaba - No tuvo la posibilidad de volverse como la gente de la Quebrada. Yo una vez casi muero de melancolía por amor y ya tenía la semilla de otro Vigilante --.

- Mi padre tuvo una Carreta que la tiraba un Caballo y siempre se dañaba. Pero había forma de conseguir los repuestos y otro Caballo- se dijo - La pieza usada que necesitaba esa niña no se podía conseguir ni en el Puerto. ¡Uno siempre piensa que las piezas van a durar muchos años!

Alto y de piel morena y de ojos negros brillantes, Ríos caminaba los Lunes de descanso, como hacen los Zapateros y la gente que limpia las piscinas de los Hoteles de la Playa, alineando su mandíbula con el horizonte que le daba la Mar.

Usaba sus dos pañoletas en el cuello, una pantaloneta roja con imágenes de Palmeras, sus zapatos mocasines de cuero sin usar medias para que no lo confundieran con un Cachaco y su pequeño tabaco perfumado. Lo sostenía con el dedo que llevaba el Anillo y cuyas cenizas se adherían a la enorme Cadena de Oro. Los ahorros de los últimos años.

- -- Una forma callejera de mostrar prosperidad y pedir respeto - pensó - Cosas que se aprenden en los Clubes de Cine --.

Algunos días lucía con orgullo un traje blanco de dos piezas y botones grises con la elegancia que solo puede dar un Sastre sensible. El que sabe de Guayaberas. También llevaba una camisa amarilla que hacía recordar las Vetas de Oro que se encontraban en sus Dientes frontales y ocultaba el sudor de sus axilas. A veces se le notaban las Tirantas rojas que habían sido de su padre, las que sujetaban su pantalón en una línea exacta en su cintura. Luego tomaba a tiempo el bus de las 4 de la tarde para ir a la Panadería.

Poco se le escuchaba el habla y algunos creían que era mudo. Otros que hablaba con señas. La mayoría de la gente decía que su mirada, casi siempre penetrante detrás de una esquina o de un árbol o de alguno de los recovecos de la Iglesia, examinaba cuidadosamente a los que

pasaban en busca de desperfectos anatómicos.

- -- Me alegro de no tener la cojera - pensó - Pero me afanaba que aparezca con el tiempo. Esos que pasan usaron un jabón perfumado para disimular la cojera --.

Por eso veía para aprender cómo la gente vivía con ellos. La verdadera herencia. Fumaba mientras miraba, unos Cigarros Isleños cuyo perfume le concedía una gracia de sofisticación que pocos la tenían.

- -- Ahora recuerdo que soy el primero de tres hermanos - pensó - De distintos padres. Y tengo un hermano cojo --.

Había adquirido fama al descubrir el misterio de las bolsas de basura llenas de agua en Taganga. Donde todas las casas tienen número. Eso de las bolsas había confundido a los del aseo que los acusaron de estar transportando el agua de la Mar. La trampa de la gente

que bota hielo y no deja que el Sol haga lo suyo.

Esa habilidad de detective la había adquirido desde joven cuando cortaba los racimos de Plátano y arrancaba la Yuca para comer y traía el pescado de la Ciénaga. La que sus orillas estaban llenas de la hierba para controlar la Malaria. Pero la gente de esos sitios seguía siendo pobre.

- Siempre he sabido quién estaba robando el cultivo y pescando de noche - dijo Ríos a un viejo Pescador que se tomaba lentamente el refajo de Cerveza y Kola - Dejaban las escamas y un rastro de cáscaras de Plátanos. Como la gente del cuento. Y las vísceras junto a unas pisadas en el barro que atraían las moscas.

Resultaban ser los "Hijos de la Mierda", hermanos de la mujer de Ríos. Flojos y perezosos que permanecían en las Tiendas del Barrio "mamando" Ron. Aseguraban a la gente del Barrio el Limonero donde el agua es abundante que

no tenían aptitud para el trabajo y que mejor se la iban a pasar durmiendo aunque el colchón tuviera Chinches.

- -- Recuerdo la época de juventud en donde quería vivir en Nueva Colombia, aunque tuviera que invadir el Peñasco de Punta Piedras y tumbar varios Trupillos para cocinar - pensó Ríos - Lo importante para mí era aprender si me daban la oportunidad. Y si llegase a aprender el oficio de Heladero y no solo a botar las cáscaras del Maracúya, llegaría a reemplazar al propio dueño --.
- Nunca he tenido el sueño de llegar a ser Chofer de bus o Jardinero - dijo para sí tomando la vía del Libertador - Un día cogí la maleta y me fui de la casa y no volví. Ni parecido a lo que hicieron mis vecinos. Pero ahora es una época en donde no me sobra el tiempo ni abunda la comida.

- Ahora lo cierto es que los ladrones y asesinos empiezan su trabajo sin mí – le dijo a otro hombre de la vigilancia que venía o iba en una bicicleta oxidada con una gran Lámpara de Carburo en el frente y una Macheta en la cintura – Lo único importante es la puntualidad en las marchas y agitar bien el garrote. ¡Y hablar palabras que nadie entiende! A gritos.

Durante mucho tiempo Ríos había caminado por esas calles y carreras y circunvalares y caminos con diferentes nombres y números. Había visto gente afuera, gente adentro y gente con perros y gatos mirándolo desde las ventanas y las terrazas. Y en esas casas donde la gente cuelga la ropa húmeda en el alambre con púas, siempre lo invitaban a tomar un fresco de Zapote Costeño o de Tamarindo.

A veces jugaba a la pelota con los niños que habían dejado cuidando los bloques de Quesos Salados en la vía. Y las

botellas de Gaseosa llenas de Suero para el Patacón, colgadas con una cabuya para que los viajeros las vieran. El complemento ideal del Bollo Limpio que también lo ofrecían.

Él siempre trataba de no patear muy duro la vejiga de Vaca hacia el pequeño portero descalzo que se encontraba en la mitad de dos baldes llenos de Mangos. Allí en ese partido de Futbol no existía la gente mala, por ahora. Tampoco había llegado el Balón de Cuero que había encargado al del Camión.

- Niño, creo que nos van a hacer Gol - dijo Ríos - Un portero alto y uno bajito y el que va a patear parece muy confiado. ¿Ese no es el hijo de la señora de la tienda, la que nos fía?
- Eso no va a pasar - dijo el niño - Ese jugador solo está pensando en el dinero que ganará. Ya desea tener bicicleta.
- Si no hace gol va a ser difícil después fiar el Cartón con los 30

Huevos y el Aceite - dijo Ríos esquivando la línea de tiro.

- Pues aguantaremos hambre y comeremos solo Yuca y Plátano - dijo el niño cuyo padre había sido del Sindicato de la fumigación.

La Milicia con sus cabezas afeitadas y sus chalecos rojos que escondían las balas, caminaban con el fusil al hombro por la cuneta de la vía viendo el partido de Futbol. También lo veían unos viejos sentados en Taburetes y acostados en Hamacas bajo un árbol de Mango. Ellos le cuidaban la maleta a Ríos.

La Tula de Ríos había quedado colgada de una horqueta del árbol de Icaco junto a la Funeraria. Cuando había difunto, Ríos aprovechaba para tomar Café hecho en Greca. También agua Aromática de Toronjil. Eso lo mantenía sin temores, despierto y alerta con esos muchachos del cuchillo que levantan peso en el Parque. Fisicoculturistas y fieles amantes del equipo de Futbol local.

En la maleta llevaba su radio de baterías, dos botellas de agua, un portacomida plástico de dos piezas, dos linternas con baterías recargables, un impermeable que le quedó del Ejercito y unos candados de segunda que le había dado el Tío de su mujer.

Junto a esos elementos, iba envuelta una muda de ropa vieja y unos zapatos deportivos con la figura del Tigre que se ponía al final del turno. Para irse para la casa a pie. Era una costumbre que había aprendido cuando cuidaba un parqueadero de Busetas. De esos días de lluvia en que un chofer madrugador, el Juancho, insistía en iniciar el recorrido antes que los otros para ganarse unos centavitos más.

Ríos evitaba los locos que deambulaban con palos y botellas. También los drogadictos y las peleas amorosas y la gente que habla de religión. También los que hablaban solos y los que insultaban al que iba pasando. Pero a los locos les gustaban las calles que le habían

permitido cuidar a Ríos. Todavía le faltaban años para que Ríos llegara a esas calles donde no ocurre nada.

- Tal vez esos locos son los que se enfermaron por saber tantas cosas y leer demasiados libros. Seguramente siguiendo las palabras con el dedo de derecha a izquierda - le dijo Ríos a una señora a la que le llevaba el canasto con verduras.
- O el haber asistido a esos ritos obligados desde la infancia - dijo la mujer escondiendo la bolsa con la Carne para sudar - Después viene la política.
- El Zancudo y la miseria terminan con esos locos - dijo Ríos - En ellos no existe resignación y adoran la calle por la libertad que da.
- Tampoco la prudencia y el instinto - dijo la mujer introduciendo la llave en la puerta de la Posada - Y nadie va a comprobar si están realmente locos o se hacen para buscar el perdón.

Ríos siguió caminando todavía sin haber sido cortado por el filo de los cuchillos callejeros. Ni había llegado a tener en todos los años las uñas negras y el cuello sucio. Solo aparecía su fotografía en un Carnet que él mismo se había inventado.

Ríos creía que la fuerza física venía de una comida específica. Por eso mandaba fritar en la plaza de mercado un Corazón de Vaca sin antes pedir lo cubrieran con abundante Ajo pulverizado. Lo acompañaba con una Cerveza mezclada con el refresco Kola.

De cariño las de las cocinas le decían Mayor Coronel Capitán y el siempre sugería que le dijeran a gritos, Gran General en Jefe de Cielo y Tierra. Lo hacía solamente para que una mujer que se hacía llamar Científica de Primer Nivel que almorzaba en un rincón, atiborrada de la petulancia que dan los diplomas, se jalara los pelos de la cabeza al recordar que él era solamente un Celador.

- Usted es gente vulgar - dijo la mujer.
- Se hace lo que se puede con los modales - dijo Ríos - A lo mejor usted se acostumbró a ser obedecida.
- Yo sí puedo pasar el día en la Taberna bebiendo lo que quiera. Y si roban a alguien a mi no me importa. Yo solo quiero es beber y dormir.
- Yo solo he aprendido a no meterme con usted. Usted busca compañía de gente parecida. Yo no lo soy.
- Usted lo que quiere es que yo firme un Contrato de vigilancia. Pero si no hay Contrato no hay nada. ¡Oyó!
- ¡Oigo! Buen día.

Algunos Tiros de Revolver 38 siempre sonaban en la noche en medio de una pelea donde se rompían botellas. Amor, indiscreción e infidelidad. Eso le gustaba mucho a la gente por la razón que Ríos no comprendía. No vivían atemorizados pero Ríos sabía que esas balas tendrían que caer del cielo. Buscaba refugio debajo de unas matas de

Plátano que sembraba un Ingeniero para regalar a los demás. Amigo de éste, Ríos se encargaba de espantarle los Gatos callejeros que en su ausencia, defecaban en las camas y en el lavadero.

- ¿Otra vez escondido? Venga en las mañanas a bailar Salsa y a montar bicicleta - dijo el Ingeniero - Después un buen desayuno y si hay suerte la visita de una mujer.
- Gracias, amigo - dijo Ríos - Todavía recuerdo cómo usted espantó a esos ladrones con su navaja. La que tiene un oso labrado en el mango.

Ríos siempre veía gente a la que habían robado. También escuchaba las cornetas en los postes de la luz con la voz de la señora más alerta que anunciaba la presencia de ladrones extranjeros y nacionales. Su vestimenta y modo de andar. También algunos niños. Luego las alarmas anunciando la violación de domicilios por gente con ganzúas. Otros sin trabajar querían invadir casas ajenas siempre al principio de año.

Entonces la gente veía a Ríos como la salvación.

- ¿Qué hará a la gente mala? - dijo Ríos a un "Escobita" después de que éste terminara de recoger la basura de la calle.
- El hambre - dijo el hombre.
- La comida la botan al aseo en las plazas de mercado
- ¿Será la ambición por lo ajeno? Yo barro objetos que siempre quise tener.
- Siempre es culpa de los padres. De lo que enseñaron.
- A mí no me gusta mi trabajo. Barrer la mierda de los demás. A usted tampoco le debe gustar ver la violencia como es.
- No sé hacer más. Y terminaría como el borracho al que no le importa el robo del Banco si no el ruido de la alarma.
- Yo antes de barrer me sentaba debajo de un árbol a cuidar las vacas. Y en ese tiempo pensaba algunas ideas.

Pero me dijeron que viniera a triunfar a la ciudad.

- Mis hermanos estudiaron. Ahora hacen otras cosas. Lo que aprendieron no llenó la nevera ni pago las facturas.
- ¡La garantía es una ilusión! Que la gente no bote basura a la calle, también.
- El hambre y las deudas son capaces de doblegar al orgullo que no deja hacer otras cosas.
- Algunos compañeros estuvieron en la cárcel. Allá no falta la comida. Ni el techo.
- Ahora la gente vive del subsidio. Ya no siembran la tierra. Todo el día bebiendo Guarapo. Otros compran gasolina para robar en la motocicleta.
- Es mejor hacer como el perro que se estira y se sienta a esperar si la situación cambia.
- Las creencias y el comportamiento es lo que nos hace fuertes. Si no

seriamos manipulados por los demás. Sin contemplación ni remordimiento.

- Hay placer cuando uno termina viviendo bajo los puentes. Con los hijos y la mujer.
- Sí. Y cuando la gente "Saca Pecho" por trabajos ajenos.

Ríos caminaba gran parte del día. Le habían dicho que era bueno para el Corazón. La única Bomba importante para él. Ésta construía la vida y las otras solo tumbaban y destruían y aniquilaban todo. Por eso caminar donde se pueda pisar es bueno. Una forma de evitar la transferencia de la violencia que quieren hacerle los demás.

Ríos también consideraba que detenerse era importante. Saber dónde parar y cuándo. Porque muchos piensan siempre en avanzar pero no se detienen a vivir. Ríos quería vivir. Y cuando se detenía conversaba con la gente y bebía Café de su termo. La gente le contaba sus historias y él las escuchaba con atención. Unas alegres y otras tristes.

De gente que después de hacerle mandados al Cura, solo podía comer Rabadillas de Pollo y beber el jugo que salía del tubo de la pared.

Uno de esos días de caminata y descanso, Ríos se detuvo en un discreto bar. La gente de Nueva Colombia que asistía quería permanecer de incognito, por eso el dueño poco le pagaba a la compañía eléctrica. Algunas veces a Ríos le obsequiaban un Wiskey y en las fechas importantes un Coctel de moda.

- Las mejores conversaciones salen después de unos tragos - dijo Gregorio.
- Pero a veces se entiende mal lo que dice el otro y vienen los puñetazos - dijo Ríos.
- Las amistades que se forman son de 20 años.
- No deben durar más. Luego se vuelven abusivas.
- Eso es porque la gente deja de beber o se vuelven escritores de Nueva Colombia.

- O la gente comienza a prestar dinero o a buscar fiadores.
- Dicen que este negocio lo van a entregar a los jefes de Nueva Colombia y el dueño va a ser ahora gerente.
- Aquí en Nueva Colombia todo es prestado. Ni la tierra que se compra y a la que se le paga impuesto.
- Las construcciones son del que las levanta.
- Pero nadie puede echarse al hombro los ladrillos si se decide no pagar.
- Los cobradores van y vienen, como los hongos.
- Yo aprendo mucho de los poetas Vallenatos que hacen sonar aquí en el Bar.
- Los Salseros también son buenos poetas.
- Bailar y cantar es parecido a darle instrucciones a una computadora.
- Sí, se suda y se repite la letra y la cabeza se convence.

- Amigo Ríos, a usted las calles le han dado sabiduría.
- Gregorio, ni qué decir de la que dan los borrachos.

Un día encontró la gente las ropas negras de Ríos colgadas en lo que había quedado de un árbol seco. Y a un hombre de la calle midiéndose las botas. No había rastro de Ríos. Dijeron que un Tiburón se lo había comido y que la culpa la había tenido ese libro de la Ballena Blanca. O que como dijo la canción "tiro a pescar Sardina y sacó tremendo Tiburón". Y el hecho se olvidó a los pocos días.

- ¿Por qué abandonó toda su ropa negra Ríos? - dijo Ernesto - Con ese sombrero Viajero se ve como un pescador veterano.
- Es lo único que yo tengo - dijo Ríos - La decisión. El decir Sí y el decir No. Decidir que me voy a tomar ésta Cerveza.

- Usted vivía en una Sopa de Violencia a la que la habían agregado tanto que ya no se veía el agua.
- Ahora inventarán una palabra nueva para describir lo que hice.
- Si se enteran de lo que está haciendo. Pero no se preocupe. La gente solo lo reconoce si usa la ropa negra.
- Es mejor tirar el anzuelo y dejar que las cosas pasen. ¡Si tiene que pasar pasa!
- Aquí en la Mar la violencia es más fuerte. Abundan los venenos y los mordiscos.
- La gente no está involucrada. Es mejor así.
- Si decide regresar habrá más violencia. Será peor.
- Aquí la única violencia que he visto es una señora persiguiendo a un perro con una chancleta.
- Compita, recuerde que "El pez muere por su boca". Si quiere vivir tranquilo no diga nada.

- Es más prudente para la vida no hablar con nadie. Así los problemas de los otros quedan solo en ellos.
- Y tampoco hay que buscar solidaridad en la gente con la que uno se cruza.
- O que no sean celosos con la mujer. Si la gente le quiere a uno hacer la "maldad" la hacen en 2 minutos.
- Es extraordinario cuando uno mismo logra cambiar. Salirse de la enfermedad que llegó.
- La sabiduría popular antigua siempre enseña.
- ¡Así paga el diablo a quien bien le sirve! - dijo Ernesto.
- ¡Tanto se agachó que hasta el culo se le vio! - dijo Ríos - Eso decía mi mamá.
- ¡Uno no es moneda de oro para gustarle a todos! - dijo Ernesto - Eso me decía mi abuela.
- ¡Uno puede ser bueno pero no pendejo! - dijo Ríos - Eso me decía la mía.

- Amigo Ríos, uno siempre trae a la vida de uno problemas. El arrebato.
- Mi esposa siempre creía que el que iba conociendo era buena persona y educado - dijo Ernesto - Después llegaban las desilusiones.
- Yo una vez conocí a un Médico. Caminaba solo y no decía ni una palabra. Solo si se veía obligado.
- ¿Era pescador seguramente?
- Sí. De Truchas. Había aprendido de su padre. Ellos iban juntos a pescar y no se hablaban. Pero se querían.
- El silencio es agradable. Se puede intentar mientras la telepatía.
- Esta paz que tenemos resulta si no llega nadie más. El 3 es armar el Rin de Boxeo.
- Tal vez así fue. Y a las ciudades llega cada vez más gente. Pero acá en la Mar pocos arriman.
- -En unos años si quiero cambiar puedo hacerlo - dijo Ríos - Seré Ermitaño en las Montañas lluviosas.

- O puede volver a Nueva Colombia y permanecer tranquilo - dijo Ernesto - Sin esperar la muerte como hacen los de allá.
- Hay que hacer como dijo el sabio Jorge. Lo escribí en este papelito: "La vida le regala a uno el tiempo y hay dos formas de contarlo: hacia adelante o hacia atrás. Los recuerdos son retrocesos y reversas que a veces hace uno. Las proyecciones, planes y visiones hacia el futuro son formas de evadir la cantidad de segundos, minutos, horas, días, semanas, meses y años que llevamos recorriendo por senderos de búsqueda y poco hemos encontrado. Pero los hallazgos fortuitos como parejas, hijos y otros especímenes de esa misma calaña sí enriquecen la vida de verdad; hay que agradecer por habernos encontrado en el camino con personas valiosas y que aportaron bastante a nuestro crecimiento en todo sentido".
- Nueva Colombia es muy bonita pero es otro mundo - dijo Ernesto - Es

distinto al real. Es lujo, derroche y más cosas así.

- Siempre debemos escoger en que "Mundo" queremos estar - dijo Ríos lleno de felicidad.